

## San Leopoldo Mandič, siervo heroico de la reconciliación

*Jesús Villagrasa*

*Profesor de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum*

**S**AN LEOPOLDO MANDIČ (1866-1942) nació en Castelnuovo de Càttaro en Dalmacia (Croacia), penúltimo de doce hijos. A la edad de 16 años, ingresó en el noviciado capuchino de Udine (Italia). Veía a los capuchinos vénetos, que trabajaban entonces en Dalmacia, humildes, penitentes, amados por el pueblo y apreciados por los ortodoxos. Su ilusión era volver más tarde a “Oriente”, entre los eslavos, para trabajar como misionero por la unidad de los ortodoxos a la Iglesia católica.

Antes de ser ordenado sacerdote, a los 22 años, sintió una llamada particular de Dios para consagrarse a esta misión. No se trataba de algo momentáneo, sino de una certeza que le acompañó de modo creciente durante toda su vida. Formuló muchas veces por escrito el voto y juramento de entregarse a la redención de su pueblo y de misionar para lograr el “regreso de los orientales a la unidad católica”.

Después de su ordenación sacerdotal en 1890, pidió permiso a los superiores para marchar como misionero a Oriente, pero nunca se lo concedieron, entre otras razones, por su frágil constitución física y su delicado estado de salud, así como por un pequeño defecto de pronunciación que le hacía penosa la predicación. No obstante, buscó la realización de su ideal allá donde le destinaba la obediencia.

Después de dedicarse a las diversas tareas que le encomendaron los superiores, se centró en el ministerio de la confesión. En su vida – dijo Juan Pablo II en la homilía de la misa de su canonización (16-X-1983) – no figuran grandes acontecimientos: “algún traslado de un convento a otro, como es costumbre entre los capuchinos, y nada más. Y después, la asignación al convento de Padua, donde permaneció hasta la muerte. San Leopoldo no dejó obras teológicas o literarias, no deslumbró por su cultura ni fundó obras sociales. Para cuantos lo conocieron, fue únicamente un pobre fraile, pequeño y enfermizo. Su grandeza consistió en otra cosa, en inmortalarse y entregarse día a día a lo largo de su vida sacerdotal, es decir, 52 años, en el silencio, intimidad y humildad de una celdilla-confesonario”.

Como un buen pastor da la vida por las ovejas, estuvo siempre a disposición de los fieles en una pequeña habitación aneja al convento de los Capuchinos en Padua, donde confesaba “sonriente, prudente y modesto, confidente discreto y padre fiel de las almas, maestro respetuoso y consejero espiritual, comprensivo y paciente” (*ib.*). Sus penitentes y hermanos lo llamaban “el confesor”; y él decía que sólo sabía “confesar”.

Su ministerio en el confesionario, que se prolongaba cada día durante largas horas, fue muy sacrificado. A alguien que le preguntó cómo resistía este ritmo de una vida y cómo lograba confesar durante tanto tiempo, respondió: “¡Es mi vida!”. Se sentaba a confesar también cuando estaba enfermo y con fiebre alta. “Qué quiere – explicaba – hemos nacido para trabajar. Descansaremos en el cielo. Los señores por un resfriado se quedan en cama, pero nosotros los pobres debemos trabajar también con la fiebre. Y yo cómo puedo irme a la cama mientras ahí fuera hay tantas almas necesitadas de mi asistencia”. Además oraba largamente por la noche, porque debía acompañar a los penitentes en su esfuerzo de conversión y de expiación. Cargaba sobre sí las penas de las almas.

Este buen pastor quería dar su vida por las ovejas y Dios aceptó su ofrecimiento. El Señor lo probó y san Leopoldo supo abrazar la cruz que Dios le ofrecía. “A los ojos humanos – dice Juan Pablo II –, la vida de nuestro Santo se asemeja a un árbol al que una mano invisible y cruel le hubiera cortado todas las ramas una tras otra. El padre Leopoldo fue un sacerdote imposibilitado para predicar por un defecto de pronunciación. Un sacerdote que ansiaba dedicarse a las misiones, y hasta el final esperó el día de partir, que no le llegó porque tenía una salud muy endeble. Un sacerdote de tan gran espíritu ecuménico que se ofreció con entrega diaria como víctima al Señor para que se restableciera la unidad plena entre la Iglesia latina y las orientales separadas aún, y volviera a haber ‘una sola grey bajo un solo pastor’ (cf. Jn 10,16); pero vivió su vocación ecuménica en ocultación total. Entre lágrimas decía: ‘Seré misionero aquí, en la obediencia y en el ejercicio de mi ministerio’. Y también: ‘Toda alma que reclame mi ministerio será entre tanto mi Oriente’” (*ib.*). Viendo su “Oriente” en cada alma que solicitaba su ministerio, trataba a cada penitente como si la conversión de su pueblo dependiese de la conversión de ese pecador que tenía delante.

El secreto de esta gran alma sacerdotal era la humildad. La grandeza de este santo – decía Juan Pablo II – se encuentra en la ocultación total, es decir, en “saber desaparecer para ceder el puesto al verdadero Pastor de las almas” (*ib.*). Así solía definir san Leopoldo su misión: “Ocultemos todo, aun lo que puede parecer don de Dios; no sea que se manipule. ¡Sólo a

Dios honor y gloria! Si posible fuera, deberíamos pasar por la tierra como sombra que no deja rastro de sí”.

¡Qué gran lección para el sacerdote-ministro que desempeña hoy su servicio en una sociedad de la imagen y que está obsesionada por el reconocimiento público y por el protagonismo! En toda misión cristiana, y más en la misión del sacerdote ministro de Jesucristo, el protagonista es Él, el Único, Sumo y Eterno Sacerdote; es el Espíritu Santo, artífice de toda santidad y protagonista de la Evangelización. El sacerdote es sólo un instrumento, un colaborador auxiliar, un celoso ministro de la reconciliación.

Por su santidad de vida, la heroicidad de sus virtudes y de su testimonio sacerdotal, Pablo VI lo beatificó el 2 de mayo de 1976, y Juan Pablo II lo canonizó el 16 de octubre de 1983, dentro del Año Santo de la Reconciliación y precisamente durante la VI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tenía como tema central “La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia”.

En la homilía de la misa de su beatificación, Pablo VI subrayó su ejemplo de confesor y la potencia santificadora que tiene este sacramento para los fieles y para el mismo ministro: san Leopoldo “se santificó principalmente en el ejercicio del sacramento de la reconciliación. Por fortuna, se han escrito y divulgado copiosos y espléndidos testimonios sobre este aspecto de la santidad del nuevo beato. A nosotros no nos corresponde sino admirar y dar las gracias al Señor, que ofrece hoy a la Iglesia una figura tan singular de ministro de la gracia sacramental de la penitencia; que invita, por una parte, a los sacerdotes al ministerio de tan capital importancia, de pedagogía tan actual, de tan incomparable espiritualidad; y que recuerda a los fieles, ya sean fervorosos, o tibios, o indiferentes, qué providencial servicio es todavía hoy, mejor dicho, hoy más que nunca, para ellos la confesión individual y auricular, fuente de gracia y de paz, escuela de vida cristiana, consuelo incomparable en la peregrinación terrena hacia la eterna felicidad”.

En la homilía de su canonización, Juan Pablo II presentó al pueblo de Dios el ejemplo de un sacerdote marcado por la cruz de Cristo y entregado al ministerio de la confesión con total desinterés y ocultación. Quizás consciente de la mentalidad pragmatista ampliamente difundida en nuestros días y que puede penetrar en la vida de algunos sacerdotes, el Papa se preguntaba: “¿Qué le quedó a san Leopoldo? ¿A quién y para qué sirvió su vida? Le quedaron los hermanos y hermanas que habían perdido a Dios, el amor y la esperanza. Pobres seres humanos que tenían necesidad de Dios y acudían a él pidiendo perdón, consuelo, paz y serenidad. A estos ‘pobres’

dio la vida san Leopoldo, por ellos ofreció padecimientos y oración; pero con ellos sobre todo celebró el sacramento de la reconciliación. Aquí vivió su carisma. Aquí hallaron expresión heroica sus virtudes. Celebró el sacramento de la reconciliación y ejerció el ministerio como a la sombra de Cristo crucificado. Fijos los ojos en el crucifijo colgado en el reclinatorio del penitente. El protagonista era siempre el Crucificado. ‘Él es quien perdona, Él es quien absuelve’. Él, el Pastor de la grey”. A este sacerdote que tenía los ojos fijos en Cristo, la Iglesia lo pone ante los ojos de sus hijos para que puedan contemplar su figura y sobre todo las manos de ese sacerdote “que se levantan hacia lo alto en las luchas varias del hombre y del Pueblo de Dios, que se alzan en la oración y se levantan en el acto de la absolución de los pecados, absolución que llega siempre al amor que es Dios, el amor que se nos reveló una vez para siempre en Cristo crucificado y resucitado”.

San Leopoldo vivía interiormente, en su alma, el misterio de la Redención y de la Misericordia. Algunos lo acusaban de “manga ancha”. Su bondad no era bonachonería. Interiormente se sentía como Jesús en la cruz, cargando sobre sí el peso de todo el pecado del mundo y como abandonado del Padre celeste. Así pesaban sobre san Leopoldo los pecados y las angustias de las personas a las que confortaba y a las que había dicho: “¡Yo haré penitencia!”. San Leopoldo no sólo confesaba todo el día, sino que vivía con sus penitentes, y en vez de ellos, todo el drama que ahí se realizaba. Dios le concedió la gracia de vivir hondamente en su alma el misterio de este sacramento de la misericordia divina, con frecuencia descuidado en las dos partes de la rejilla: por el sacerdote cansado de escuchar siempre las mismas faltas, aparentemente sin mucho arrepentimiento; por los fieles que piensan sólo a sus pequeñas o grandes faltas y no levantan los ojos del alma al grandioso milagro de la misericordia divina; o por los sacerdotes que no tienen a quién confesar porque los fieles ya no tienen conciencia del pecado ni sienten la necesidad de confesarse. Quienes hablan demasiado fácilmente del perdón, corren en riesgo de olvidarse de la gravedad del pecado y de lo que ha costado la redención del pecador. Este gran capuchino se ofreció a vivir toda la dramática y dolorosa belleza del sacramento de la redención, porque era consciente de que la sangre derramada en el Calvario era el precio de salvación del alma que tenía delante. Este sacerdote se ofreció víctima con Cristo Víctima y no ahorró esfuerzos para hacer que la sangre derramada por Cristo llegara, mediante su ministerio, a las almas de los pecadores.

En este año sacerdotal, el papa Benedicto XVI dio algunas orientaciones a los sacerdotes y seminaristas que han hecho el curso de fuero interno or-

ganizado por la Penitenciaría apostólica parecen dibujar la figura de san Leopoldo como modelo del confesor. Ante todo, han de descubrir que la heroicidad y la fecundidad de los santos confesores hunden sus raíces en una intensa dimensión penitencial personal: “La conciencia de su propia limitación y la necesidad de recurrir a la Misericordia divina para pedir perdón, para convertir el corazón y para ser sostenidos en el camino de santidad, son fundamentales en la vida del sacerdote: sólo quien ha experimentado personalmente su grandeza puede ser un anunciador y administrador convencido de la Misericordia de Dios”. El confesor santo vive con radicalidad “el espíritu de oración, la relación personal e íntima con Cristo, la celebración de la santa misa, la adoración eucarística y la pobreza evangélica”; así es para sus contemporáneos un signo tan evidente de la presencia de Dios, que impulsa a muchos penitentes a acercarse a su confesor. Allí debería estar el sacerdote para acogerlo. Es necesario que el sacerdote vuelva al confesonario “como lugar en el que ‘habitar’ más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina” (11-III-2010). San Leopoldo vivió a la perfección este estilo sacerdotal dibujado por el papa.

En sus primeros años de sacerdote, como formador de jóvenes estudiantes, el padre Leopoldo había enseñado que “un sacerdote debe morir de fatigas apostólicas: no hay otra muerte digna de un sacerdote”. El día en que festejaban sus cincuenta años de sacerdocio dijo a sus hermanos reunidos: “Permitan que un hermano anciano les diga una palabra: hemos nacido para el trabajo. La suma alegría es poder trabajar. Pedid al Señor Dios morir de fatigas apostólicas”. Murió, a la edad de 76 años, el 30 de julio de 1942: mientras se preparaba para celebrar la misa, le dio un ataque cerebral que le causó poco después la muerte. Este gran ministro de la reconciliación, que se confesaba casi todos los días, y con humildad decía que no recordaba haber cometido nunca un pecado grave y que “sentía el alma todavía niña”, se durmió en el Señor como un niño en brazos de su madre, mientras sus hermanos cantaban la *Salve* a la Virgen.